

un odre de cuero donde estaban todos los vientos adversos, y mandó a los vientos del oeste que llevaran los barcos en dirección a Itaca. Durante nueve días y nueve noches Ulises pilotó su barco y vigiló el odre de los vientos; pero al día noveno, mientras los campos mismos de Itaca estaban a la vista, se durmió.

Los hombres abrieron el odre, pensando que contenía ricos tesoros; los vientos desencadenados se precipitaron afuera. La tempestad que siguió, hizo retroceder los barcos tras el mar de Eolia, pero esta vez Eolo rehusó ayudar a los griegos. Tristes y desanimados, se pusieron otra vez en camino hacia la patria.

Después de seis días de navegación alcanzaron el puerto de Lamos, donde vivían los feroces lestrigones. Salvo el barco negro de Ulises, que ancló lejos, todos los barcos entraron al puerto. Los lestrigones, al encontrar a los griegos, se precipitaron sobre ellos y los degollaron; sólo escaparon Ulises y sus compañeros, que se encontraban en el barco negro fuera del puerto.

Llorando la desgracia de sus compañeros, los sobrevivientes siguieron su viaje hasta la isla de una bruja llamada Circe. La hechicera atrajo a su jardín a todos los marineros, salvo uno, y los transformó en cerdos con un toque de su vara mágica y los encerró en una pocilga.

Ulises, al enterarse de eso, por el marinero que había escapado, fue a ver a Circe para salvar a sus hombres.

Hermes (Mercurio), "El que viene en ayuda", le dió una droga mágica que lo inmunizaba contra los poderes de Circe. Cuando la hechicera compren-

dió que los dioses estaban protegiendo a Ulises, rompió el encanto que había echado a los hombres. Luego se puso tan condescendiente, que le dió consejos para escapar de los peligros que lo acecharían durante el viaje de regreso.

El primer peligro que debía presentarse era la isla de las sirenas. Ninfas de belleza maravillosa, atraían a los marineros con su hermoso canto, los cuales, al tratar de alcanzarlas, naufragaban en los escollos de la costa.

Para impedir a sus hombres que las oyesen, les tapó los oídos con cera y les rogó que lo atasen al mástil. Mientras el barco estaba pasando a lo largo de la isla, las sirenas cantaron con tanta ternura, que Ulises suplicó a sus hombres que lo desataran, pero éstos no hicieron sino apretar los nudos y remarón lo más rápido que pudieron.

Otro riesgo los estaba esperando, al alejarse de los alrededores de la isla, llegaron a un brazo de mar estrecho que guardaban dos criaturas terribles. Sentado en las rocas, de un lado del estrecho, el monstruo de seis cabezas, Escila, atisbaba los barcos para engullir a los tripulantes. Del otro lado, Caribdis hacía un remolino que atraía con gran fuerza a todos los barcos que pasaban cerca. Seis hombres fueron devorados por Escila, pero Ulises logró evitar la trampa de Caribdis.

Prosiguieron su viaje hasta la isla del sol. Ahí, algunos de los hombres de Ulises mataron ganado para alimentarse. Indignado por este sacrilegio, el dios rehusó brillar hasta que los hombres fueran castigados. Así, luego que hu-

bieron izado velas, Zeus desencadenó una formidable tempestad que abrió el barco de par en par, y se ahogaron todos, a excepción de Ulises. Durante nueve días estuvo a la deriva, asido a los restos del barco.

Al fin, la corriente lo depositó en la isla de Ogigia, donde la diosa Calipso lo recogió y lo retuvo durante siete años. Esperaba que se casase con ella y así volverlo inmortal, pero Ulises suspiraba por su hogar en Itaca, por su esposa Penélope, y por Telémaco, su hijo. Entre tanto, en Itaca, la fiel Penélope aguardaba el retorno de Ulises.

Todos creían que éste había desaparecido en el mar, y los príncipes de Itaca y de las islas vecinas, querían casarse con Penélope; pero ella, rehusaba, con la esperanza de ver de nuevo a Ulises. Los pretendientes se apoderaron del palacio del héroe, comieron su ganado y bebieron su vino.

Penélope rehusó sentarse con ellos a la mesa y se refugió, en su dormitorio, con sus fieles sirvientes. Veinte años habían pasado desde la caída de Troya, y la familia de Ulises se encontraba en gran aflicción.

Para alejar a sus pretendientes, Penélope les había dicho que escogería esposo entre ellos cuando terminara la tela que estaba tejiendo. Durante el día, hacía correr la lanzadera en el telar, y por la noche deshacía todo lo que había tejido durante el día. Con esta astucia pudo evadirse tres años; pero un día, una sirvienta traicionó a su ama en presencia de los pretendientes, y Penélope se vió obligada a acabar con su trabajo.

Telémaco ya era un gallardo joven, pero los pretendientes lo trataban como a un niño, y no le hacían caso cuando les ordenaba regresar a sus hogares. La diosa Atenea apareció a Telémaco y le dijo que fuese en busca de noticias de Ulises a Néstor y Menelao. Con el apoyo de Atenea, Telémaco y sus compañeros encontraron un barco y se pusieron en camino.

Cuando Penélope se enteró, por su vieja niñera, de la salida de su hijo, lloró pensando que nunca volvería a verlo. Atenea admiraba a Ulises más que a cualquier otro mortal y tomó medidas para llevarlo salvo a casa. Envió por medio de Hermes un recado a Calipso, en que le ordenaba facilitar a Ulises su salida de la isla. Contra su deseo, la diosa ayudó a construir una balsa y le dio provisiones.

Mientras Ulises navegaba en su balsa, Poseidón lo espiaba y, acordándose de su hijo, el cíclope Polifemo, desató una tormenta terrible. Las olas furiosas hicieron pedazos la balsa de Ulises, el que se hubiera ahogado si la ninfa Ino no le hubiese dado su chal para sostenerlo encima de las aguas, mientras que Atenea lo guiaba hacia el país de los feacios.

La princesa Nausicaa vió a Ulises no lejos de la orilla y lo llevó a la corte de su padre, donde aquél hizo el relato de sus aventuras. Los feacios, muy impresionados por lo que oyeron, lo colmaron de regalos y a bordo de un barco lo condujeron a Itaca.

Ulises escondió sus bienes y se dirigió hacia la casa de su pastor Eumeo. El fiel servidor no reconoció a su amo, que Atenea había disfrazado de viejo mendigo. Empero, el pastor se mostró amable con el viejo y le habló de los

cruelles pretendientes que devastaban las posesiones de Ulises; Ulises sintió gran ira y juró castigar a los príncipes.

En ese momento, Telémaco, que regresaba de su viaje de información, llegó a la choza del pastor. Fue muy cortés con el mendigo. Al mismo tiempo, Atenea devolvió a Ulises su aspecto natural, y al fin Telémaco encontró de nuevo a su padre. Juntos hicieron proyectos para castigar a los pretendientes.

Telémaco regresó al palacio, para alegría de Penélope. Al día siguiente, por la mañana, Ulises, siempre disfrazado de mendigo, se dirigió a su vez al palacio y fue muy mal acogido por los pretendientes de Penélope, lo que hizo avivar su furor contra ellos.

Pasó el día sentado en la sala de entrada, informándose sobre la lealtad de los miembros de su servidumbre. Por la tarde, siempre como mendigo, anunció a Penélope que Ulises estaba a punto de regresar; pero ella no podía creerlo.

Al día siguiente, cuando los pretendientes llegaron a la sala, Ulises y Telémaco habían ya quitado todas las armaduras y las armas que estaban colgadas en la pared.

Penélope entró llevando el gran arco de Ulises y el carcaj con las flechas de bronce, y prometió que tomaría por esposo al que fuera capaz de lanzar las flechas a través de doce hachas, como lo hacía Ulises.

Uno tras otro los pretendientes trataron de lograrlo, pero ninguno pudo doblar el arco gigante. Entonces Ulises, siempre disfrazado, se adelantó y empuñó el arco, disparó una flecha,

la cual fue como un rayo hacia el agujero del hacha de bronce. Lanzó una flecha a través de cada una de las hachas, mientras los pretendientes lo miraban estupefactos.

Ajustando otra flecha, se volvió hacia los pretendientes y les dió a conocer quién era. Ulises, a flechazos, dió muerte al más detestable de ellos.

Telémaco trajo armaduras y armas con las cuales el padre, el hijo y el pastor lucharon contra los otros príncipes. Toda resistencia era vana contra el furor del rey y de sus dos ayudantes, y todos los príncipes fueron asesinados.

#### COMENTARIOS Y ANTECEDENTES

##### La Odisea.

En el primer poema de Homero, la Ilíada, se ha visto a los griegos apoderarse de la ciudad de Troya gracias a un ardid ingenioso, después que los dos ejércitos enemigos hubieron vanamente rivalizado en heroísmo durante cerca de diez años.

En su segundo poema, intitulado La Odisea, Homero narra las peripecias del viaje que emprendió el autor de ese ardid para regresar a su patria. Este héroe es Odiseo, al que los romanos llamaban Ulises.

La Ilíada se relaciona sobre todo con hombres y batallas, pero en la Odisea hay escenas que se refieren a la familia y a las mujeres.

En el primer rango de las mujeres se coloca a la diosa Atenea, "la de los ojos grises", divina y al mismo tiempo muy humana, y que es la amiga de Ulises.

Parecida a los demás dioses y diosas, Atenea se complace en intervenir en el destino de los mortales, a los cuales dedica su afecto, lo que, por supuesto, complica y embellece al mismo tiempo la existencia de ellos.

Entre los mortales, Penélope es la principal mujer de la Odisea. Se convirtió en el símbolo de la lealtad paciente. Muchas escenas revelan el amor devoto que ella dedica a su hijo y a su marido, particularmente cuando Ulises, disfrazado, le dirige la palabra. Representa el ideal de la madre y de la esposa. Inmediatamente después de Penélope, por la lealtad afectuosa viene Euriclea, su vieja niñera. Defiende a su ama en todas las circunstancias, pero no traiciona la promesa hecha a Telémaco de no revelar su salida a su madre cuando él se va para informarse de la suerte de su padre. La niñera reconoce a Ulises a pesar de su disfraz, pero guarda el secreto de su identidad hasta que él le pide revelarlo.

#### LA ODISEA ( Fragmentos )

Los dos fragmentos se refieren al reconocimiento de Ulises u Odiseo por Penélope, su esposa.

- I -

"No te enojés conmigo, Odiseo, ya que eres en todo el más circunspecto de los hombres, y las deidades nos enviaron la desgracia y no quisieran que gozásemos juntos de nuestra mocedad ni que llegáramos al umbral de la vejez. Pero no te enfades conmigo, ni te irrites si no te abra-cé como ahora tan luego como estuviste en mi presencia; que mi ánimo, acá dentro del pecho temía horrorizado que viniese algún hombre a engañarme con sus palabras, pues son muchos los que traman perversas astucias".

- II -

"¡Mujer!, los dos hemos padecido muchos trabajos: tú aquí llorando por mi vuelta tan abundante en fatigas, y yo sufriendo los infortunios de Zeus y los demás dioses para detenerme lejos de la patria cuando anhelaba volver a ella. Mas, ya que nos hemos reunido nuevamente en este deseado lecho, tú cuidarás de mis bienes en el palacio, y yo, para reponer el ganado que los soberbios pretendientes me devoraron, apresuré un gran número de reses y los aqueos me darán otras, hasta que llenemos todos los establos. Ahora, me iré al campo lleno de árboles, a ver a mi padre, que tan afligido se halla por mí, y a tí, oh mujer, aunque eres juiciosa, oye lo que te encomiendo: Como al salir el sol se divulgará la noticia de que maté en el palacio a los pretendientes, vete a lo alto de la casa con tus siervos y quédate allí, sin mirar a nadie ni preguntar cosa alguna".

Homero.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

LIC. MANUEL SILOS MARTINEZ  
R E C T O R

DR. REYES TAMEZ GUERRA  
SECRETARIO GENERAL

DR. RAMON G. GUAJARDO QUIROGA  
SECRETARIO ACADEMICO

PROFR. Y LIC. GILBERTO R. VILLARREAL DE LA GARZA  
D I R E C T O R